

Orando en comunidad

Hermanas y hermanos de comunidad, desde el Equipo de Migraciones de CVX España os proponemos unirnos en oración en un retiro con motivo de la Cuaresma y la Semana Santa.

En cada comunidad local o grupo de vida podéis realizar el retiro —que sería de día completo— cuando os resulte más conveniente o dividirlo en diversos momentos a lo largo de estos tiempos litúrgicos que cimentan nuestra fe sobre la roca de Cristo muerto y resucitado. El retiro en sí consta de cuatro etapas en las que, siguiendo la invitación del [Mensaje de Cuaresma del papa Francisco](#) para este año, caminaremos “*juntos en la esperanza*”, acompañando el camino de Jesús hacia Jerusalén, su pasión, muerte y resurrección y el camino, los padecimientos y —en tantos casos— la muerte de las personas migrantes y refugiadas que buscan resucitar a una nueva vida en nuestro país. Visto que “*todos somos peregrinos en la vida*”, con el lema de este Año Jubilar en el corazón, deseamos ser comunidad de “*peregrinos de esperanza*”, que sale de su zona de confort, que no queda paralizada y estática y que, caminando codo con codo con el resto de la Iglesia y de la humanidad, descubre en el rostro de las personas migrantes el rostro de Cristo.

Podéis tener disponible para el retiro cuatro velas, un jersey, unos post-it y unos bolígrafos.



I - La partida

Nuestra vida diaria puede a veces parecernos repetitiva o rutinaria. Pero, ¿puedes imaginar por un momento qué pasaría si un día se quebrase esa cotidianeidad? Imagina que la estabilidad política de nuestro país desaparece repentinamente y un grupo armado quiere llevarse a tu hija o hijo adolescente para convertirlo en soldado. Piensa qué sentirías si a tu alrededor se llena todo de desesperanza porque el cambio climático ha hundido a nuestro país en una sequía permanente y no tienes medios con los que sacar adelante a tu familia.

A miles de personas les sucede esto cada día y tienen que tomar la decisión de partir, de dejar atrás su vida diaria, su casa, su tierra, su familia y amigos. Personas que buscan recuperar esa dignidad a la que todo ser humano, toda hija e hijo de Dios, tiene derecho.

Ponte en su piel y contempla cómo sería para ti ese momento de tomar la decisión de partir y dejar todo atrás. Para ello puedes acercarte al testimonio de una mujer que tuvo que enfrentar esa dolorosa decisión.

Yo vivía en la ciudad y trabajaba como empleada doméstica. Éramos una familia feliz con mi esposo y mis dos hijos. Mi esposo trabajaba transportando leche como ayudante de un primo mío. Trabajábamos así ya hacía seis años. En julio empezaron nuestros problemas. Primero, se enfermó mi hijo pequeño, él tenía dos años y estuvo hospitalizado por un mes. Los médicos le encontraron una masa en uno de sus pulmones y le realizaron una cirugía. Por esta razón, tuve que retirarme de mi trabajo y dedicarme a cuidarlo.

Para este tiempo, habían empezado a amenazar a mi primo a través de mensajes escritos, situación que nunca me comunicaron para no preocuparme, yo me enteré después. Mi primo no tomó en serio dichas amenazas, pensaba que era algo sin importancia y siguió trabajando normalmente.

En agosto, mi primo y mi esposo sufrieron un atentado en el que no les sucedió nada. La esposa de mi primo sospechó que este hecho era respuesta a alguna cosa mala que él pudo haber hecho, ella le dijo que no saliera de la casa, así que él se mantuvo encerrado y ella siguió trabajando normalmente. Pasaron cinco días del atentado y, sorpresivamente, la esposa de mi primo fue asesinada, algo que nos impresionó mucho, no lo podíamos creer. La velamos junto con familiares y amigos. Al siguiente día la enterramos.

Como al medio día, nos llegó una carta que, supuestamente, era de la guerrilla. Nos preocupamos mucho y nos preguntamos sobre las posibles razones. Pasaron seis horas y ese mismo día asesinaron a un cuñado de mi primo. Debido al miedo por lo ocurrido, no acompañamos los actos fúnebres del recientemente asesinado y nos mantuvimos encerrados por quince días. Durante ese tiempo, recibíamos continuas amenazas de muerte y exigencias de entrega de dinero.

Para evitar más problemas, mi primo decidió entregar lo que pedían, luego recibió una llamada y alguien le decía que podía seguir trabajando tranquilo. Fue cuando tratamos de tranquilizarnos y optamos por volver a salir.

Pasaron quince días más hasta que, un lunes por la tarde, al momento en que llegamos a la casa luego de asistir a la misa del mes de fallecida de la esposa de mi primo, escuché unos impactos de bala y los gritos de mi hijo mayor que decían: “¡mataron a mi papi!”. Vi a mi esposo en el piso ensangrentado, estaba muerto. Lo abracé, grité y lloré desesperadamente. Tuve tristeza y miedo por lo que podría ocurrir conmigo y con mis hijos. Llegó la ambulancia, lo levantó y no supe cómo se lo llevaron. Lo que hicimos fue encerrarnos en la casa de mi primo, con sus hijos y un hermano mío. Fue la peor noche. No podíamos dormir pensando en qué íbamos a hacer, mientras el cuerpo de mi esposo estaba tirado en un hospital.

Al siguiente día, martes, estuve con mi primo hasta el mediodía, luego me llevaron al velatorio de mi esposo en la casa de mis suegros. Eran las diez de la mañana del día del entierro cuando supe que alguien le había preguntado al vecino por mí. ¡¡¡Habían preguntado por mí!!! El vecino les había contestado que habíamos huido y que no sabía más de nosotros. Le respondieron que “si es verdad lo que dices no te pasará nada, pero si es mentira, matamos también a tu familia”. El vecino, que había venido corriendo, me dijo: “tienen que irse porque si ellos saben que aún están aquí, siguen con mi familia”. En ese momento, cogí a mis hijos, los llevé a un cuarto y les dije: “tenemos que irnos”. Dije a mis suegros que ya regresaríamos. Salí entonces junto con mis hijos, mi primo, mi hermana, mi cuñado y mis sobrinos.

Me despedí de mi esposo que estaba en el ataúd.

Encendemos una vela en honor a los millones de personas que en algún momento han tenido que tomar la decisión de partir y emprender un viaje incierto. Por quienes lo han hecho por causa de la guerra, la violencia o la persecución. Por quienes sufrían la opresión, el hambre o la desigualdad y pensaron en buscar un futuro digno. Por quienes son víctimas de catástrofes naturales o del cambio climático y dejaron atrás su tierra yerma.

No seguimos a un Dios lejano que, desde lo alto, permanece ajeno al destino de la humanidad. Nuestro Dios Padre-Madre tiene el oído atento a las quejas de los oprimidos, contem-

pla el dolor de quienes sufren la tiranía y nos envía, como a Moisés, a acompañar a quienes toman la decisión de partir.

El Señor le dijo [a Moisés]:

—He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. Y he bajado a librarlos de los egipcios, a sacarlos de esta tierra para llevarlos a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel, el país de los cananeos, hititas, amorreos, fereceos, heveos y jebuseos.

La queja de los israelitas ha llegado a mí, y he visto cómo los tiranizan los egipcios. Y ahora, anda, que te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas.

(Éxodo 3, 7-9)

Compartimos lo que hemos imaginado si nos tocase tomar la decisión de partir, lo que hemos sentido al leer el testimonio anterior o lo que sentimos al conocer el testimonio de alguna otra persona migrante más cercana a nosotros y que también tuvo que tomar la decisión de partir. Podemos expresar lo que nos haya inspirado la palabra de Dios que nos envía, como a Moisés, a ser voz de los atribulados.

Rezamos juntos un Padrenuestro.

II - El camino

Jesús, el Hijo de Dios, fue un hombre permanentemente en el camino. Su caminar lo llevó a conocer y a amar profundamente a las personas que se iba encontrando. Miró y amó al joven rico que corrió hacia él para preguntar al “maestro bueno” lo que debía hacer para heredar la vida eterna, aunque no le gustó la respuesta. Curó y amó a los diez leprosos que, gritando, le salieron al encuentro y recibió al único de ellos, un extranjero, que volvió para agradecer a Dios su curación. Admiró y amó la fe de la mujer sirofenicia que le rogaba la curación de su hija, a pesar de no pertenecer al pueblo de Israel. Se conmovió y amó a la viuda de Naín mientras llevaban camino del cementerio el cadáver de su hijo, al que devolvió a la vida. Atendió y amó a los enviados del centurión que suplicaba por la curación y por la vida de su siervo fiel. Devolvió la vista y amó a Bartimeo que, desde el borde del camino, suplicaba su compasión y que, ya curado, “*lo seguía por el camino*”.

El papa Francisco nos invita en su mensaje de Cuaresma a romper con las parálisis que provoca el pecado, a echarnos al camino, a confrontarnos con la realidad de las personas migrantes y refugiadas que peregrinan buscando una vida mejor para ellas y sus seres queridos y a dejarnos interpelar por ellas. Nos llama a que tomemos la decisión de ser cada día “*mejores caminantes hacia la casa del Padre*” para construir con Él ese Reino de amor y esperanza para toda la humanidad.

Una voz grita:

En el desierto preparad un camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios; que los valles se levanten, que montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escabroso se nivele; y se revelará la gloria del Señor y la verán todos los hombres juntos.

(Isaías 40, 3-5)

Seamos —como decía el papa Francisco en una carta dirigida a un grupo de migrantes reunidos en Lajas Blancas, Panamá— “*Iglesia madre que marcha con sus hijos e hijas, en los que descubre el rostro de Cristo y, como la Verónica, con cariño, brinda alivio y esperanza en el viacrucis de la migración*”. Iglesia que se compromete con las hermanas y hermanos migrantes “*que representan la carne sufriente de Cristo, cuando se ven forzados a abandonar su tierra, a enfrentarse a los riesgos y a las tribulaciones de un camino duro, al no encontrar otra salida*”. Además, el papa apelaba directamente a las personas migrantes y les decía: “*Hermanos y hermanas migrantes, no se olviden nunca de su dignidad humana.*”

No tengan miedo de mirar a los demás a los ojos porque no son un descarte, sino que también forman parte de la familia humana y de la familia de los hijos de Dios”.

Encendemos una segunda vela en honor a las personas migrantes y refugiadas que están en camino y en honor a tantas miles de ellas que perdieron la vida en él; abandonadas en el desierto, ahogadas en el mar, asesinadas por grupos armados o traficantes.

Contemplamos el pasaje de la curación de Bartimeo y nos preguntamos si en el camino de nuestras vidas somos capaces de atender y acompañar a quienes se quedan en los márgenes.

Llegaron a Jericó. Y cuando salía de allí con sus discípulos y un gentío considerable, Bartimeo, hijo de Timeo, un mendigo ciego, estaba sentado a la vera del camino. Al oír que era Jesús de Nazaret, se puso a gritar:

—¡Jesús, Hijo de David, compadécete de mí!

Muchos lo reprendían para que se callase. Pero él gritaba más fuerte:

—¡Hijo de David, compadécete de mí!

Jesús se detuvo y dijo:

—Llamadlo.

Llamaron al ciego diciéndole:

—¡Ánimo, levántate, que te llama!

Él dejó el manto, se puso en pie y se acercó a Jesús. Jesús le preguntó:

—¿Qué quieres de mí?

Contestó el ciego:

—Maestro, que recobre la vista.

Jesús le dijo:

—Vete, tu fe te ha salvado.

Al instante recobró la vista y lo seguía por el camino.

(Marcos 10, 46-52)

Y, como nos demanda el mensaje del papa de esta Cuaresma, “Dios nos pide que comprobemos si en nuestra vida, en nuestras familias, en los lugares donde trabajamos, en las comunidades parroquiales o religiosas, somos capaces de caminar con los demás, de escuchar, de vencer la tentación de encerrarnos en nuestra autorreferencialidad, ocupándonos solamente de nuestras necesidades. Preguntémonos ante el Señor si somos capaces de trabajar juntos como obispos, presbíteros, consagrados y laicos, al servicio del Reino de Dios”. Podemos preguntarnos qué hacemos personalmente, en grupo, en comunidad y como parte de la Iglesia para demandar caminos y rutas seguras para las personas migrantes y refugiadas que buscan recuperar su dignidad en nuestro país, qué hacemos para denunciar que nuestras costas se han convertido en la fosa común más grande del mundo.

Compartimos lo que nos llega al corazón de las lecturas de la palabra de Dios o del mensaje del papa Francisco. Compartimos cómo nos sentimos trabajando con la Iglesia para acompañar, servir y defender a las personas migrantes y refugiadas que están en camino.

Mientras San Ignacio trabajaba en Roma para fundar la Compañía de Jesús, rezaba ante el mural de Nuestra Señora del Camino (Madonna della Strada), de finales de la Edad Media, que se encontraba en una pared exterior de una pequeña capilla con el mismo nombre. Ignacio habría conocido bien la imagen y, a lo largo de su vida, tuvo una particular devoción por ella y puso a la Compañía de Jesús bajo su patrocinio. La pequeña capilla de la Madonna della Strada fue demolida para dar paso a la iglesia del Gesù, pero Ignacio dejó instrucciones específicas para que la imagen se conservara en la nueva iglesia y hoy se venera en la capilla norte de la misma. Contemplando la imagen de la Madonna della Strada (en la página siguiente) rezamos juntos esta oración.

Nuestra Señora del Camino.

*Quédate con nosotros cuando nos agotemos por el viaje;
porque el camino es largo y nuestros corazones son débiles.*

*Llénanos de paciencia y fortaleza para seguir luchando por un mundo más unido y justo;
para ser nosotros mismos más auténticos y justos.*

Ven, sé nuestra guía. Guíanos cuando no podamos ver el camino.

*Tómanos de la mano como Madre; susurrando consuelo en nuestros oídos, guiándonos a
través de la oscuridad, protegiéndonos de los temores de la noche oscura.*

*Infúndenos tu coraje, la fortaleza que te llevó a no inclinarte ante el miedo a lo desconocido,
porque en ti encontramos la Luz que nos impulsa hacia adelante.*

*Nuestra Señora del Camino, muéstranos el misterio que revelaste a Ignacio tantos años
atrás: el misterio de saber arrojar lo que nos sobra para ganar en libertad.*

*Que no nos agarremos a nuestras mochilas ni a nuestras sandalias ni a nuestras capas.
Llena con tu amor nuestros corazones, para que amemos y acompañemos a las personas
migrantes que nos encontremos en el camino, para que sepamos luchar por su dignidad.
Llénalas a ellas de tu esperanza para que no desfallezcan y recibe a las que perdieron la
vida en el camino.*

Señora, ponnos con tu Hijo, que es Camino, Verdad y Vida.

Amén



III - La llegada / la acogida

Hay una palabra que ha surgido en las comunidades migrantes africanas en su tránsito hacia Europa: Boza. Es una palabra que no parece salir de ninguna lengua concreta pero que toda persona migrante conoce porque expresa la alegría de tocar tierra europea. Boza se dice gritando, bailando, con música

porque significa victoria, lo logramos, alegría, sueños cumplidos... Pensemos en personas que dejan sus países forzados por la violencia, la discriminación, la pobreza o el deseo de oportunidades que les son negadas. Caigamos en la cuenta de las penurias que sufren en el viaje: robos, amenazas, discriminación, torturas, condiciones de vida indignas y, en el caso de muchas mujeres, violencia sexual. Todo este sufrimiento cuenta con la complicidad de gobiernos europeos que niegan vías de migración seguras y mafias despiadadas que trafican con seres humanos. A veces este viaje dura meses, e incluso años. Y son muchas las víctimas que pierden la vida en los desiertos, los bosques o el mar. Solo si hacemos el ejercicio de ponernos en su piel podremos intuir de alguna manera la inmensa alegría que experimentan cuando pisan suelo europeo. Es verdad que todavía deben pasar muchos obstáculos pero lo peor ha pasado y quedan atrás pesadillas que se hicieron realidad. Pues esa alegría de un sueño cumplido, de peligros sorteados, aunque no se pueda expresar, se nombra diciendo Boza, gritando Boza en una suerte de canto sagrado comunitario. Es el grito de quien ha saltado una valla que parecía infranqueable o de quien se sabe salvado por un barco de Salvamento Marítimo —esos ángeles del mar— cuando parecía que la lancha neumática se iba a hundir sin remedio y una ola ahogaría tanto deseo de vivir.

Compartir vida con personas que han hecho el duro camino hasta gritar Boza me ha enseñado mucho de la experiencia cristiana de salvación, de mi propia experiencia de ser salvado.

Javi Montes s.j.

Llegar supone para los que lo consiguen un sueño cumplido pero, en muchas ocasiones, tardan poco en darse cuenta de que ese momento feliz solo ha sido el principio de otro largo y duro camino: el de la acogida y la integración. Y ese nuevo camino puede comenzar con una larga reclusión —disfrazada bajo el eufemismo administrativo de “internamiento”— en un CETI o un CIE, cuando no por una expulsión “en caliente”. Puede continuar con años de laberinto burocrático-administrativo, rellenando montañas de impresos y formularios que muchos de nosotros seríamos incapaces de entender. Además, si la imperiosa necesidad de trabajar para vivir o enviar dinero a las familias que dejaron atrás en sus países les lleva a integrar la economía sumergida, pueden sufrir explotación en condiciones inhumanas.

Y si las cosas van razonablemente bien, vivirán la zozobra al toparse con los discursos de odio de personas y grupos que, con falsedades y demagogia, les acusarán de todos los males del país al que acaban de llegar. Pueden chocar también con la discriminación a la hora de estudiar, trabajar, buscar piso donde vivir, etc.

No ha sido fácil la convivencia con algunas personas que están un poco prevenidas por las cosas desagradables que hacen algunos compatriotas nuestros. Como consecuencia ha quedado difícil el acceso a obtener un trabajo digno y seguro, pues muchos tienen miedo a emplearnos. Si somos mujeres, somos prostitutas o fáciles y es difícil que confíen, y si son hombres son ladrones o traficantes de drogas. Estos son estigmas con los que hemos tenido que cargar.

De esta manera, para nosotros la mejor opción ha sido las ventas ambulantes: venta de lámparas, empanadas y papas rellenas, esto último es a lo que nos dedicamos actualmente. Con esto, medio vivimos pues no nos alcanza para todas las necesidades que se nos presentan, pero bueno. Hasta magos nos hemos vuelto porque nos toca hacer que lo poco que ganamos se estire y alcance.

En cuanto a la vivienda, ha sido muy difícil, por nuestra fama, que nos renten, y si tenemos niños “guaguas” (bebés o niños pequeños), como los llaman, es más difícil aún. Si alguien se apiada debemos darle garantías, que son más meses de renta. Y si a veces no hay para un mes, ya podrán imaginar cómo es sacar para más meses de una vez; pero, la necesidad nos obliga a hacer sacrificios y asegurar un lugar donde vivir como prioridad número uno.

La educación para los niños ha sido complicada. Primero, conseguir un cupo fue un proceso y aunque ellos contaban con todos los derechos, especialmente el de acceder a la educación, parece que las entidades escolares no están enteradas y no dan la oportunidad. Nos tocó acudir a la Secretaría de Educación para que me ayudara a ubicar a mis niños en una escuela fiscal (pública), después de todo el cupo no ha sido lo

duro, sino la discriminación. Pero una vez más nos toca ser pacientes y que los niños aprendan a vivir con este obstáculo tan grande como es la “discriminación”.

Así ha sido nuestra vida los últimos años y así nos hemos hecho más fuertes y agradecidos por todo lo que Dios nos ha dado, por las personas que han estado en nuestras vidas, ayu-

dándonos y creyendo en nosotros como personas dignas de oportunidades. Gracias a todos los ángeles que han estado en las entidades que nos ayudan a los refugiados. Para nosotros han sido esa voz de aliento y esperanza que nos motiva a continuar esta gran lucha que es la vida, y a seguir creyendo que el mañana será mucho mejor y que nunca hay que dejar de soñar, pues aun estamos vivos.

Este testimonio de un refugiada colombiana en Ecuador no se aleja prácticamente nada de las experiencias que viven tantas personas migrantes y refugiadas en nuestro país: dificultades para encontrar un trabajo por discriminación, problemas inmensos para acceder a una vivienda en alquiler, rechazo de la población general por estereotipos y bulos infundados.

Además, las personas migrantes y refugiadas sufren su propio “duelo migratorio”: la lejanía de su tierra, de su casa, de su familia y amigos. Incluso el duelo por no poder emplear su lengua materna y tratar de desenvolverse en un idioma que, recién llegados, les cuesta mucho comprender.

Y nosotros, como personas y como comunidad, ¿qué hacemos para que ese primer momento de felicidad, de llegada, de “Boza”, no se torne en otro mar encrespado de dificultades o en otro desierto de soledad que atravesar? ¿Qué hacemos para que puedan dar ese paso imprescindible que va de “la llegada” a “la acogida”?

El papa Francisco, en su mensaje cuaresmal, nos pregunta *“si tenemos una actitud de acogida, con gestos concretos, hacia las personas que se acercan a nosotros y a cuantos están lejos; si hacemos que la gente se sienta parte de la comunidad o si la marginamos. Esta es una segunda llamada: la conversión a la sinodalidad”*.

Encendemos una tercera vela con la cabeza y el corazón dirigidos hacia las personas migrantes y refugiadas que llegan a nuestra tierra. Queremos ser luz y calor para ellas. Extendemos el jersey en el suelo, en el centro de la asamblea o del grupo, y repartimos los post-it y los bolígrafos. El jersey nos da calor cuando el frío aprieta. Nos sentimos “cobijados” por él. Aquí lo empleamos como símbolo de que queremos ser calor, refugio y cobijo para acoger a las personas migrantes y refugiadas. Cada uno se pregunta: ¿qué voy a hacer para que las personas migrantes y refugiadas se sientan acogidas? Algo concreto —como nos demanda el papa en su mensaje— y realizable, que me comprometa durante esta Cuaresma y Semana Santa, y más allá de ellas. Lo plasmo en el post-it en una frase o en una palabra, lo pego sobre el jersey y comparto con la asamblea o grupo lo que he escrito y lo que he sentido en este rato de reflexión sobre la llegada y la acogida.

Contemplamos la escena del evangelio.

Seis días antes de la Pascua Jesús fue a Betania, donde estaba Lázaro, al que había resucitado de la muerte. Le ofrecieron un banquete. Marta servía y Lázaro era uno de los comensales. María tomó una libra de perfume de nardo puro, muy costoso, ungió con ello los pies a Jesús y se los enjugó con los cabellos. La casa se llenó del olor del perfume.

Judas Iscariote, uno de los discípulos, el que lo iba a entregar, dijo:

—¿Por qué no han vendido ese perfume en trescientos denarios para repartirlos a los pobres? —lo decía no porque le importaran los pobres, sino porque era ladrón; y, como llevaba la bolsa, sustraía de lo que ponían en ella—.

Jesús contestó:

—Déjala que lo guarde para el día de mi sepultura. A los pobres los tendréis siempre entre vosotros, pero a mí no siempre me tendréis.

Un gran gentío de judíos supo que estaba allí y acudieron, no sólo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado de la muerte. Los sumos sacerdotes habían de-

cidido dar muerte también a Lázaro, pues por su causa muchos judíos iban y creían en Jesús.

(Juan 12, 1-11)

El propio Jesús, que está llegando a Jerusalén para sufrir su pasión y muerte, vive la acogida en casa de sus amigos. La unción en Betania, que lleva a cabo María, anticipa la muerte del Señor, pero también su resurrección. El olor del perfume llena toda la casa y se opone al olor a muerte que traslucía el pasaje anterior de la resurrección de Lázaro. La vida vencerá a la muerte y seremos testigos del Cristo resucitado. Y, sin embargo, hay quienes siguen apostando por la muerte. Nosotros, seguidores del Cristo vivo, no podemos más que ponernos del lado de la vida y ser “casa amiga” para quien llega a nuestra tierra.

Rezamos juntos para ponernos al servicio del Señor.

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer.

Vos me lo disteis, a Vos, Señor, lo torno. Todo es vuestro.

Disponed a toda vuestra voluntad, dadme vuestro amor y gracia, que esta me basta.

(San Ignacio de Loyola)

IV - La integración

El sueño de toda persona migrante y refugiada que llega a nuestro país es la integración, la vida autónoma, sentir que forma parte de la sociedad en la que vive, la nuestra. Es la esperanza que anima su vida cada día, su objetivo último.

Mi nombre es Mohamed Sadiki.

Nací en Alnif, un pequeño pueblo de la zona sur desértica de Marruecos, hace 20 años.

En mi zona producimos sobre todo dátiles y vivimos pueblos de ascendencia bereber. No tenía muchas oportunidades ahí.

Decidí abandonar mi hogar y migrar a España siendo aún menor de edad. Nadie de mi familia me podía acompañar. No sin dificultades, logré llegar el 26 de octubre de 2018, tras lo cual fui trasladado a un centro de menores en la ciudad de Jerez de la Frontera llamado Anides 9.

No me fue mal en ese centro, pero al cumplir los 18 me quedé en situación de calle, sin alternativas, sin conocer a nadie y sin papeles. No sabía muy bien qué hacer. Pero tuve la suerte de encontrarme con personas maravillosas que decidieron ayudarme. Que decidieron darme una oportunidad.

La ONG Voluntarios por Otro Mundo me ofreció una plaza en un piso de apoyo a la emancipación, y pude empezar a formarme haciendo cursos. Hice el curso de auxiliar de limpieza. También aprendí habilidades como manipulador de alimentos y prevención de riesgos laborales. Estaba muy contento de poder aprender y formarme.

Desde la ONG también me ayudaron con algo que me preocupaba mucho: lograr sacarme mi primera tarjeta de residencia. Cuando empezó la pandemia, me dijeron que el gobierno me iba a dejar trabajar para ayudar en el campo. Yo quería ayudar. También empezar a ganar dinero para mandar a mi familia. Yo sabía que con los papeles que tenía no podía trabajar, pero el gobierno aprobó algo especial para dejarme trabajar. Así es como pude trabajar durante todo el verano de 2020 en Huelva. Hasta octubre, incluso.

Ya con una nueva tarjeta de residencia que me permitía trabajar y me duraba 2 años, pude centrarme más en mi futuro. En diciembre de 2020 me ofrecieron una nueva oportunidad, esta vez en la Fundación San Juan del Castillo, Centro Pueblos Unidos en Madrid. En este ilusionante proyecto me encuentro actualmente.

Tras mi llegada a Madrid empecé a colaborar como voluntario en Casa Carmela, un restaurante, cocinando para familias desfavorecidas.

Mi sueño es sacarme la ESO y me estoy esforzando mucho para sacarla a distancia, a través de un programa que ofrece Radio Eccia. Una persona voluntaria del proyecto me ayuda con clases de apoyo. Las mañanas las dedico a trabajar en una panadería llamada Hornera, donde

me han ofrecido un contrato de formación de 10 a 15h.

Estoy muy contento con todo el apoyo que me ha ofrecido tanta gente buena. Por eso también ahora busco devolver, ayudar.

Pronto, espero empezar mi vida autónoma. Aprobar la ESO y, con un poco de suerte, con un trabajo estable de panadero o de cocinero. Con el que conseguir tener ingresos fijos y ayudar a mi familia, que tanto lo necesita.

En una formación para la atención a personas refugiadas nos decían: *“no digáis a una persona refugiada la consabida frase de ‘todo irá bien’, porque no tenéis ni idea de cómo van a ir las cosas. Id más allá, sed acompañantes de esperanza y decidles: ‘vayan las cosas como vayan, yo estaré a tu lado, acompañándote, para que, paso a paso, vayas construyendo tu futuro’”*.

Nuestra fe se sustenta en la esperanza de que tras la pasión de Cristo vendrá su resurrección. El papa nos anima en su mensaje cuaresmal a que *“en tercer lugar, recorramos este camino juntos en la esperanza de una promesa. ‘La esperanza que no defrauda’, mensaje central del Jubileo, sea para nosotros el horizonte del camino cuaresmal hacia la victoria pascual”*.

Estamos llamados a vivir en la esperanza, a anunciar la esperanza, a ser esperanza para los demás y, en especial, para los más amados de Cristo: la personas más vulnerables y, entre ellas, las migrantes y refugiadas.

Encendemos la cuarta vela en honor a las personas migrantes y refugiadas que viven con nosotros, que ya son parte de nuestro país, y contemplamos la escena del evangelio.

María estaba frente al sepulcro, afuera, llorando. Llorosa se inclinó hacia el sepulcro y ve dos ángeles vestidos de blanco, sentados: uno a la cabecera y otro a los pies de donde había estado el cadáver de Jesús.

Le dicen:

—Mujer, ¿por qué lloras?

Responde:

—Porque se han llevado a mi señor y no sé dónde lo han puesto.

Al decir esto, se dio media vuelta y ve a Jesús de pie; pero no lo reconoció.

Jesús le dice:

—Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?

Ella, tomándolo por el hortelano, le dice:

—Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo iré a buscarlo.

Jesús le dice:

—¡María!

Ella se vuelve y le dice en hebreo:

—Rabbuni—que significa maestro—.

Le dice Jesús:

—Suéltame, que todavía no he subido al Padre. Ve a decir a mis hermanos: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios.

María Magdalena fue a anunciar a los discípulos:

—He visto al Señor y me ha dicho esto.

(Juan 20, 11-18)

Tantas veces nos pasa lo mismo que a María y somos incapaces de reconocer el rostro de Jesús entre nosotros. Pidamos al Señor que nos dé su luz para poder reconocer su rostro en el de las personas migrantes y refugiadas. Ellas nos llaman por nuestro nombre, nos demandan que seamos testigos de que un mundo mejor, en el que todos vivamos codo con codo, con las mismas oportunidades, sí es posible. De igual manera que Jesús envió a María para que anunciase a sus hermanos la resurrección, nos envía a nosotros a ser testigos, en la Iglesia y fuera de ella, de que solo podemos construir ese mundo mejor si lo construimos entre todos, ya seamos de aquí o de allí. Igual que no podemos salvarnos solos, no podemos construir ese futuro solos.

Compartimos lo que el tiempo de reflexión sobre la integración nos ha dejado en el corazón o lo que la contemplación de la escena junto al sepulcro nos ha sugerido.

Pocas imágenes pueden acompañarnos mejor esta Cuaresma y Semana Santa para reconocer el rostro de Cristo en el rostro de las personas migrantes y refugiadas que la primera y la última que acompañan el material de este retiro.

La primera es obra de Alberto Di Lolli y está tomada en los montes y bosques próximos a las vallas que separan a las personas migrantes de su sueño europeo. La última es obra de Sergi Cámara y está tomada justo en la valla. Los jóvenes de Costa de Marfil, que estaban encaramados sobre la valla ubicada ya en territorio español, suplicaban clemencia a los cuerpos policiales españoles que, sin hacer caso alguno, los devolvieron ilegalmente “en caliente” a territorio marroquí.



Rezamos juntos para terminar este retiro.

*Alma de Cristo, santifícame.
Cuerpo de Cristo, sálvame.
Sangre de Cristo, embriágame.
Agua del costado de Cristo, lávame.
Pasión de Cristo, cónfórtame.
¡Oh, buen Jesús!, óyeme.
Dentro de tus llagas, escóndeme.
No permitas que me aparte de Ti.
Del maligno enemigo, defiéndeme.
En la hora de mi muerte, llámame.
Y mándame ir a Ti.
Para que con tus santos te alabe.
Por los siglos de los siglos.
Amén*

Que el Señor nos acompañe y acompañe a las personas migrantes y refugiadas durante esta Cuaresma y Semana Santa.

Equipo de Migraciones de CVX-E